

Santiago Madrigal, SJ

---

# Tríptico conciliar:

*Relato - misterio - espíritu  
del Vaticano II*

---



**SAL TERRAE**  
SANTANDER - 2012

## ÍNDICE

© 2012 by Editorial Sal Terrae  
Polígono de Raos, Parcela 14-I  
39600 Maliaño (Cantabria)  
Tfno.: 942 369 198 / Fax: 942 369 201  
salterrae@salterrae.es / www.salterrae.es

### *Imprimatur:*

✠ Vicente Jiménez Zamora  
Obispo de Santander  
20-09-2012

Diseño de cubierta:  
María Pérez-Aguilera  
www.mariaperezaguilera.es

Reservados todos los derechos.  
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,  
almacenada o transmitida, total o parcialmente,  
por cualquier medio o procedimiento técnico  
sin permiso expreso del editor.

*Impreso en España. Printed in Spain*

ISBN: 978-84-293-2032-9  
Depósito Legal: SA-592-2012

Impresión y encuadernación:  
Grafo, S.A. – Basauri (Vizcaya)  
www.grafo.es

<b>Introducción. Palabras del Espíritu para el «Año de la Fe»</b>	7
<i>Las tres tablas de este tríptico:</i>	
<i>narración, iniciación, interpretación</i> .....	7
<i>Cuatro otoños conciliares en el espíritu del Adviento</i> .....	10

### I. NARRACIÓN

<b>Relato teológico del Vaticano II: el Concilio en el diario de Otto Semmelroth</b> .....	15
1. ¿Cómo llega un teólogo a ser perito conciliar? .....	17
2. El primer período de sesiones: la incertidumbre de los comienzos .....	25
3. El Concilio en camino: buenos presagios para el segundo período de sesiones ..	39
4. La tercera etapa: resistencia y obstrucción a la marcha del Concilio .....	52
5. El último período de sesiones: cosechar los frutos .....	69

### II. INICIACIÓN

<b>El misterio del Concilio según Karol Wojtyła-Juan Pablo II: el Vaticano II como «enriquecimiento» de la fe</b> .....	81
1. «El Concilio Vaticano II ha sido un gran don para la Iglesia» .....	83

2. La participación de Karol Wojtyła en el Concilio .....	89
3. El núcleo de las enseñanzas del Concilio: renovar conceptos, renovar actitudes .....	101
4. El Papa Juan Pablo II y la aplicación del Concilio Vaticano II .....	138
5. Conclusión: «el Concilio no quedará como letra muerta»	153

### III. INTERPRETACIÓN

#### **Edward Schillebeeckx y el *espíritu* del Vaticano II: el Concilio como «acontecimiento» .....**

1. E. Schillebeeckx, «teólogo de frontera»: <i>fuera del mundo no hay salvación</i> .....	163
2. La gracia y el misterio de un Concilio ecuménico .....	169
3. La participación de Schillebeeckx en el Concilio como asesor del episcopado holandés .....	181
4. Una lectura esencial de los documentos: a la búsqueda del «espíritu» del Vaticano II .....	215
5. Mirada retrospectiva final: «el Concilio fue un compromiso» .....	227

**Conclusión. «En el Concilio tenéis que hablar de Dios» ..** 239

### INTRODUCCIÓN:

#### ***Palabras del Espíritu para el «Año de la Fe»***

NUNCA es fácil elegir el título de un libro. La gravedad de esa decisión resuena de forma enigmática en la presentación que Plinio el Joven hiciera de uno de los suyos cuando escribía: *Materiam ex titulo cognosces, cetera liber explicabit*. O sea: el título da a conocer la materia, y lo restante ya lo explica el libro mismo. En nuestro caso, se trata de tres visiones del Vaticano II, no en el sentido de tres versiones dispares del acontecimiento conciliar, sino de tres aproximaciones sucesivas y complementarias al mismo fenómeno, nacidas de una peculiar combinación de perspectivas diferentes: narración, iniciación, interpretación. Su sentido más profundo queda bien esclarecido con el símil traído del mundo artístico: un tríptico. Un tríptico se divide en tres secciones, en tres paneles tallados y ligados entre sí por bisagras, con una unidad temática. Además, por lo general, el panel central es mayor y está flanqueado por otros de entidad menor. Por consiguiente, el lector tiene entre sus manos un tríptico del Concilio Vaticano II, labrado y conjuntado con una lógica y una intencionalidad precisa que hay que seguir declarando.

#### ***Las tres tablas de este tríptico: narración, iniciación, interpretación***

El primer panel reconstruye la historia del Concilio Vaticano II con la ayuda del diario conciliar del teólogo jesuita Otto Semmelroth (1912-1979), un texto aún inédito redactado en alemán y, en este sentido, primicia para el lector hispano. Se trata, probablemente, de un autor poco conocido para el gran público. Sin embargo, figura entre los teólogos que han ejercido verdadero *magisterio* en el Con-

cilio, junto con Congar, Rahner, Lubac, Ratzinger, Daniélou, Chenu, o Schillebeeckx. El panel central lo ocupa el pensamiento conciliar de Juan Pablo II, desde la doble circunstancia que confluye en la personalidad excepcional de Karol Wojtyła (1920-2005): este padre conciliar que accede al solio de Pedro constituye el caso único de un obispo que ha redactado un comentario de conjunto a la obra y doctrina del Vaticano II. De ahí, la riqueza de su reflexión sobre el Concilio Vaticano II que no ha cesado al compás de su largo pontificado (1978-2005). El tercer panel está dedicado a la visión conciliar del teólogo dominico Edward Schillebeeckx (1914-2009), autor de interesantes y detenidas reflexiones acerca del significado del Concilio y de sus textos, para acabar destacando la importancia del acontecimiento sobre el cuerpo doctrinal. Cada uno de estos personajes ha participado de diversa manera en los cuatro otoños conciliares, de modo que ofrece su vivencia y resalta determinados aspectos de ese fenómeno histórico tan complejo y caleidoscópico como fue el Vaticano II.

Conviene subrayar, en segundo lugar, de qué manera estos tres paneles resultan complementarios. El redactor minucioso de un diario sobre el Concilio nos aporta, sobre todo, la base narrativa o *relato* teológico del acontecimiento. Quien se asoma a sus páginas tiene garantizada una oportunidad única de entrar en contacto con la realidad histórica del Vaticano II, con la secuencia de los principales sucesos, con los personajes y protagonistas, con los textos promulgados. Ahora bien, desde su misma condición de teólogo y perito conciliar, que participa en la Comisión teológica, Semmelroth pone en nuestro conocimiento la elaboración y el alcance de la constitución dogmática sobre la Iglesia, *Lumen gentium*, que considera como la piedra angular.

La primera vez que Karol Wojtyła aparece citado en el diario del jesuita —he aquí la bisagra de engarce con el segundo panel— ocurre con ocasión de la redacción del llamado texto de Ariccia, en enero de 1965, es decir, a la hora de la redacción casi definitiva de la constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo de hoy. El padre conciliar devenido papa nos brinda, con un énfasis especial, su voluntad de transmitir el *misterio* del Vaticano II, de modo que nos ofrece pistas para una contemplación, iniciación y actuación personal y eclesial de la doctrina conciliar que considera como un enriquecimiento de la fe cristiana. En esta mistagogía o iniciación al

Concilio, la constitución pastoral sirve siempre de complemento para explicar el núcleo doctrinal que ofrece la constitución *Lumen gentium*. Por su parte, el teólogo flamenco y asesor del episcopado holandés, busca la clave de interpretación del Vaticano II desde su honda preocupación por la validez de la fe cristiana en este mundo secularizado y por la forma de la presencia de la Iglesia en la sociedad moderna. En esta línea, el Maestro dominico piensa que el *espíritu* del acontecimiento es más poderoso que la letra de los documentos, de manera que en la obra conciliar es más decisiva la constitución pastoral que la constitución sobre la Iglesia.

En suma: relato, misterio, espíritu. Éstas son las tres palabras que sustancian y espejan el sentido de los tres paneles que componen este tríptico del Vaticano II en las mutuas imbricaciones que establecen narración, iniciación, interpretación. Estas páginas son una invitación a considerar el desarrollo y la doctrina del Concilio, el acontecimiento y sus documentos, como palabras del Espíritu. Hasta tres veces se lee en el capítulo segundo del libro del Apocalipsis esta sentencia: «El que tenga oídos, que oiga lo que dice el Espíritu a las Iglesias» (Ap 2,7.17.29). El Vaticano II fue, ante todo, un volver a retomar la Palabra de Dios. Es una idea del concilio próxima a Juan Pablo II, pero presente también en E. Schillebeeckx. Lo más importante, decía este «teólogo de frontera», es prestar oído a los acontecimientos de nuestro tiempo, *vox temporis*, y escuchar esta voz a la luz de la Palabra de Dios, para reconocer en ella la *vox Dei*, porque «a la Revelación hay que escucharla con oídos jóvenes y nuevos»<sup>1</sup>. El Vaticano II reflexionó sobre la realidad de la Iglesia y su misión en el mundo a la luz de la Escritura, que es —como señaló en un memorable discurso el arzobispo oriental N. Edelby— «testimonio del Espíritu», de modo que la Tradición es asimismo «la viva voz del Espíritu en la Iglesia» (cf. DV 8).

Se trata de seguir escuchando la viva voz del Evangelio que por el Espíritu resuena en la Iglesia; para ello hemos recurrido a tres testigos del Concilio Vaticano II. El entrecruzamiento de sus palabras —tal y como acaece en nuestras conclusiones— sirve para replantear desde ángulos diversos y complementarios una cuestión que re-

1. E. SCHILLEBEECKX, *La Iglesia de Cristo y el hombre moderno según el Vaticano II*, Madrid 1969, 38.

sulta irrefrenable desde hace algún tiempo: ¿fue el Concilio una primavera para la Iglesia?

Así sonaba la pregunta que se hizo el cardenal Suenens cuando apenas había transcurrido un trienio de la clausura del Vaticano II. Su lacónica respuesta, «una primavera de finales de febrero y principios de marzo», se reviste con unas palabras que toma prestadas de A. Gesché para esclarecer el significado de esta metáfora y ofrecer una interpretación del hecho conciliar de más largo alcance: «El valor se encuentra entre la facilidad de los extremos: los de la ciega dimisión ante el cambio y la crispación fixista. El cambio ni debe fascinarnos ni darnos miedo»<sup>2</sup>.

Por lo pronto, siguiendo la senda marcada por el beato Juan XXIII, enseguida se abrió paso esa manera de hablar que asocia de forma connatural el acontecimiento conciliar con una «primavera» eclesial. En realidad, la vigésimo primera asamblea ecuménica de la Iglesia católica transcurrió durante los cuatro otoños correspondientes a los años 1962-1965. Si bien es cierto que con la primavera asociamos rápidamente las ideas de renacer, resurgir, novedad, nuevo impulso, no se puede desconocer que el otoño también tiene su fuerza y su espíritu propios. Quizás convenga revisar para la ocasión el estereotipo, en la línea sugerida por Wallace Stevens, *Las auroras de otoño*, un título paradójico —de términos casi antitéticos— para una colección de poemas<sup>3</sup>, puesto que si la aurora es lo que comienza, el inicio que va asociado a la luz, el otoño parece situarse en el declinar, en el acabamiento, y, en cierto sentido, en la oscuridad.

### *Cuatro otoños conciliares en el espíritu del Adviento*

«El otoño se acerca con muy poco ruido» —escribió Ángel González— en un delicado poema que sigue diciendo: «apagadas cigarras, unos gritos apenas, / defienden el reducto / de un verano obstinado en perpetuarse, / cuya suntuosa cola aún brilla hacia el oeste. / Se dirá que aquí no pasa nada, / pero un silencio súbito ilumina el prodigio: / ha pasado / un ángel / que se llamaba luz, o fuego, o vida. Y lo perdimos para siempre».

2. L. J. SUENENS, *Recuerdos y esperanzas*, Valencia 2000, 161. Cf. S. MADRIGAL, *Vaticano II: remembranza y actualización. Esquemas para una eclesiología*, Santander 2002, 33-34.
3. W. STEVENS, *Las auroras de otoño y otros poemas*, Madrid 2012.

Curiosamente, luz, fuego, vida, son imágenes para el paso del Espíritu, como en el día de Pentecostés, como en el nuevo Pentecostés que soñara el beato Papa Roncalli. Mas no perdamos esos días de Concilio para siempre. Quiere este libro recuperar aquel prodigio otoñal y acompañar este Año de la fe con nuevas evocaciones de su historia, labrando relatos que ayuden a redescubrir la luz, el fuego y la vida del Vaticano II.

Tiene esa estación del año mil resonancias y sugerencias: unas hablan del atardecer de la vida, de la nostalgia oculta en la niebla de noviembre, pero otras tienen también la dimensión de la fecundidad que lleva a plenitud la realidad creada, de la cosecha y de la vendimia, también de la nueva siembra. Quizás nadie como el poeta Rainer M. Rilke ha sabido recoger todos los matices sentimentales y las variaciones cromáticas encerrados en el vocablo otoño. Por lo pronto, otoño es —según dicen sus versos al compás de canciones viejas— tiempo de ir ultimando las cosechas<sup>4</sup>. Mucho de lo que el Vaticano II tuvo de novedad fue posible como cosecha de lo que se había ido sembrado, calladamente, durante la primera mitad del siglo XX con el movimiento litúrgico, el movimiento ecuménico, el movimiento del apostolado seglar y con la vuelta a las fuentes bíblicas y patrísticas. Durante los otoños del Concilio se asiste, no obstante, a un tiempo de maduración, como en el poema *Día de otoño*, que espera un nuevo florecer y definitivo que lleve la realidad a su momento de plenitud, que Rilke convierte en oración: «Señor: es hora. Largo fue el verano. / Pon tu sombra sobre el gran reloj solar / Y en los prados deja el viento ya soplar. // Ordena que tardías frutas alcancen su sazón, / concédeles dos días más de sol austral, / aliéntales hasta la perfección, / y penetre así en el vino áspero aquel dulzor final»<sup>5</sup>.

La estación del otoño viene a recubrirse con un momento muy especial del calendario litúrgico; este tiempo acoge a su comienzo la celebración de las témporas y se prolonga hasta el fin del año litúrgico, y todavía bajo el manto del otoño es cuando comienza el Ad-

4. *Herbstspaziergang mit Rilke*, Ostfildern 2009, 24-25.
5. *Ibid.*, 14-15.

viento a caminar poniendo en marcha un nuevo año cristiano. Tiempo de espera y esperanza, preparación para recibir al Señor que viene y se manifiesta, como recuerdo de su primera venida en la carne, pero también como espera de su manifestación en gloria y majestad al final de los tiempos, dos dimensiones bien presentadas en ese pasaje de la carta a Tito: «Porque se ha manifestado la gracia salvadora de Dios a todos los hombres, que nos enseña a renunciar a la impiedad y a los deseos mundanos y a llevar ya desde ahora una vida sobria, honrada y religiosa, *aguardando la feliz esperanza y la manifestación gloriosa del gran Dios y salvador nuestro, Jesucristo*» (2, 11-13).

En palabras de la carta apostólica *Tertio millennio adveniente*, que Juan Pablo II redactó con vistas a la preparación del Jubileo del Año 2000: «Si buscáramos algo análogo en la liturgia, se podría decir que la anual liturgia del Adviento es el tiempo más parecido al espíritu del Concilio. El Adviento nos prepara al encuentro con Aquel que era, que es y que constantemente viene (cf. Ap 4, 8)» (TMA 20). Este libro ve la luz pretendidamente en este tiempo litúrgico y en este otoño que ha acogido en su regazo el «Año de la fe», que se puso en marcha coincidiendo con el cincuenta aniversario de la inauguración solemne del Concilio Vaticano II y concluirá en la fiesta que proclama a Jesucristo como rey del universo del próximo año.

Así lo había estipulado el Papa Benedicto XVI mediante el «motu proprio» *Porta fidei*, del 17 de octubre de 2011. Por su parte, la Congregación para la Doctrina de la Fe encauzaba esta celebración señalándole una preocupación especial por el redescubrimiento del Vaticano II, así como un recordatorio sobre esa síntesis de su doctrina que quiso ser el Catecismo de la Iglesia Católica que vio la luz en 1992. A estas alturas ya ha tenido lugar en Roma la celebración de la XIII Asamblea ordinaria del Sínodo de los Obispos dedicada al tema de la nueva evangelización para la transmisión de la fe. El beato Juan Pablo II, cuyo relato conciliar ocupa el panel central del tríptico que diseñan las páginas de ese libro, dejó dicho que la nueva evangelización había comenzado con el Vaticano II<sup>6</sup>; además, contempla la doctrina conciliar como un enriquecimiento

6. Cf. JUAN PABLO II, *Cruzando el umbral de la esperanza*, Barcelona 1994, 166.

de la fe. Nuestro objetivo consiste, por consiguiente, en acompañar y favorecer ese redescubrimiento del Vaticano II con ocasión de este Año de la fe.

Hace algunos años el análisis eclesial de K. Rahner situaba la fe en tiempos de invierno. Como veremos la reflexión de E. Schillebeeckx asume el desafío de ese invierno que está viviendo la Iglesia en medio de la secularización de nuestra cultura. ¿Se puede invertir la tendencia? Son los capítulos de este libro una recreación de las escenas conciliares para una renovación eclesial en este otoño y en este Adviento. ¿Puede ese espíritu conciliar ayudar a nuestras comunidades a soportar los aspectos más negativos del invierno de la fe? Los versos de R. M. Rilke dan confianza en medio de la conciencia de caducidad y de paso del tiempo, en medio de la crisis de crecimiento y de decaimiento, porque cuando caen las hojas y se desnudan los árboles, entre las ramas se ve mejor el cielo, y, sobre todo, porque en medio de esta caída sabemos que hay «Uno que sostiene en sus manos ese caer con infinita dulzura»<sup>7</sup>. Por eso la fe cristiana anuncia con firme esperanza las auroras del otoño.

En Madrid, a 31 de julio de 2012  
En la fiesta de S. Ignacio de Loyola

7. *Herbstspaziergang mit Rilke*, 18.